

OTRO NOCTAMBULO.—Solo hay un santo que puede hacer ese milagro.

OTRO.—Y el santo que sabe hacer tal milagro... ahí viene.

GRACIELA.—(Para sí.) Debe ser Salvador que viene. (Pálida.) ¡Si le dicen algo, quién sabe qué sucederá! (De prisa, baja del lecho, y a tientas busca en la alacena una lamparita de lata, la enciende, corre a la ventana, la abre un poco y espía.) Se alejan... (Tranquilizada.) ¡Gracias, Virgencita mía! (Cierra el postigo, se convence de que está bien cerrado, y permanece alerta, esperando la señal de Salvador. Se oye un largo silbido. Muy animada.) ¡Es él! ¡Es él! (Espera aún. Oyese de nuevo el mismo silbido desde más cerca. Graciela se da prisa en abrir la puerta.)

## ESCENA II

GRACIELA y SALVADOR. Luego las Voces de antes. Después la Voz de FRANCISCA.

SALVADOR.—(Aparece. Sombrero de fieltro y saco con el cuello levantado.)

GRACIELA.—(Se agarra a él, como una niña. Quedan un instante abrazados.)

SALVADOR.—¡Estuve tan preocupado! No recuerdo otra noche como esta. No parece que uno se hallara en Buenos Aires. Sopla un viento tan helado que entumece hasta la médula. Y sabía que tú no podías comprar ni siquiera un poco de carbonilla... cosa que desgraciadamente, ni yo mismo he podido comprarte.

GRACIELA.—Hacia el atardecer, me regaló un poquito el dueño del boliche de al lado. Durante una hora me he calentado. Pero después...

SALVADOR.—Te he rogado que no aceptes nunca regalos de nadie.

GRACIELA.—¡Sufría tanto! Me ví obligada a aceptar. Pero mira la ceniza del bracero: era apenas un poco. (Un silencio. Va a cerrar la puerta. Asoma la cabeza afuera.) Salvador...

SALVADOR.—¿Qué hay?

GRACIELA.—Empieza a nevar.

SALVADOR.—(Tirando el sombrero.) ¡Ojalá cayera tanta nieve que quedáramos sepultados debajo de ella! (Se sienta.)

GRACIELA.—(Se le acerca afectuosamente.) ¡Me prometiste que tendrías tanto valor!

SALVADOR.—¿De dónde lo saeo ahora el valor? He sido despedido.

GRACIELA.—¿Qué me dices?

SALVADOR.—Lo que oyes. Esta noche, a las diez, mientras cerraba el negocio, el señor Alberto me dijo que ya tenía otro tenedor de libros.

GRACIELA.—Es un canalla.

SALVADOR.—No, no es un canalla. El mes pasado, me anticipó dos mensualidades y luego me las regaló. ¿Por qué llamarle canalla? El que paga tiene derecho a que se le sirva y yo no he sabido servirle. No basta la buena voluntad. Hay que tener hábitos de trabajo. Y yo había llegado a la edad de treinta y cinco años, frecuentando las casas de mal vivir donde te conocí, y las casas de juego, y ni remotamente me había pasado por el cerebro la idea de trabajar. Jugaba con astucia y hasta tenía suerte; y por eso me daba vida de gran señor y no necesitaba de nadie. Pero quisimos librarnos de ese ambiente tan bueno, que a pesar de todo, no nos ponía cara a cara con la miseria, y ahora, nos divertimos ha-